

ENSAYOS ESCOLARES.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Ve la luz pública los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.

PUNTOS DE SUSCRICION. EN VALLADOLID, Librería Nacional y Extranjera de los Señores Hijos de Rodríguez en la de Juan Nuevo, y en la redaccion y administracion del periódico, calle de Cabañuelas núm. 8 entresuelo.
PRECIO DE SUSCRICION.—Trimestre 10 rs.—Seis meses 19 rs., en libranzas sobre Correos ó sellos de franqueo para los suscritores de Provincias.

Consideraciones filosóficas acerca de la ley.

(Remitido.)

No es mi propósito ocuparme en este capítulo de la ley natural, ley dada por Dios al género humano, ley grabada en el corazón de todos los hombres y que conocen por medio de la razón, ley que si bien es cierto se promulgó en el monte Sinay con un sublime y magnífico aparato no fue porque la desconociesen aquellos á quienes iba destinada, sino para que las impresionase mas su recuerdo.

Ni menos es mi objeto tratar de la ley considerada en absoluta ley que preside separado el desarrollo de la naturaleza, ley primitiva, coetánea al autor de la creacion y de cuya mágica influencia no puede librarse ningun ser físico, necesitando aun el mismo hombre en lo que tiene de materia que obedecerla de una manera ciega, fatal y necesaria, y cuya ley en fin no es mas que la regla de accion dentro de la cual tienen que obrar los seres que nos rodean. Es mas estricta la significacion que quiero darla, tal es: como ley social ó dada por el legislador humano.

Esta ley social no ha de ser arbitraria, no ha de tener por límite el capricho del poder de donde emane; no: tiene que reconocer por base indestructible y sólida los principios de la ley natural y por objeto el cumplimiento del fin para que la Sociedad nació.

Ya que por voluntad divina el hombre vive en sociedad, y ya que esta es el único medio para que cumpla su destino, el legislador tiene que cooperar en lo que esté de su parte á que esa mision de la sociedad y el hombre se cumpla.

Aquella existe para que el derecho se realice en el mundo, y este para adquirir verdades ó enriquecer su inteligencia, y para conseguir su felicidad.

Si el autor de la creacion no podia lanzar al mejor ser de lo existente á esta vida sin un

principio fijo á que atenerse, sin una regla de accion que le guiase; menos le pudo abandonar en brazos de un poder que dictara leyes á su albedrío, sin tener mas dique que su antojo y mas objeto que el de satisfacer su libérrima voluntad.

Si recorremos la historia de las legislaciones, encontraremos leyes que por separarse de la base que hemos dicho deben tener, condugeron, por no decir á las naciones mismas donde se observaron, al menos al de los legisladores respectivos, al desprecio y al ridículo mas cruel que puede hacer la humanidad.

¿Cuándo borrará Licurgo, el sábio legislador y jurisconsulto griego la mancha que todas las generaciones le han echado á consecuencia de la inhumana ley que disponia «fueran asesinados los niños de una débil constitucion?»

¿Y por qué? exclusivamente porque la naturaleza no les dotó de un temperamento robusto para sufrir los rigores de una situacion permanente de guerra. ¿Cuándo Platon, ese legislador y filósofo tambien griego se descargará de la responsabilidad, que todos tenemos derecho á pedirle, por no declarar como homicidio el ejecutado en la persona de un siervo y el de no consentir que estos no se pudieran defender de una agresion injusta hecha por un hombre libre? ¿Como si el esclavo no fuera hombre!

¿Y cuándo en fin el imperio rey podrá disculparse de sus leyes tan atroces considerando al hombre como una cosa, si no se le adornaba con el traje de ciudadano, y aun en tal situacion respetarle poco, pues se le despedazaba entre sus acreedores, cuando fuera insolvente?

Es indudable que la sociedad en masa grita contra tales disposiciones y ese grito nacido de lo mas íntimo de la conciencia acusa á dichos legisladores, y á todos aquellos que descuiden al fijar sus leyes los eternos principios de justicia, que por consiguiente se oponen á lo que su razon les dicta.

Aun tambien en las legislaciones presentes hay abusos que corregir. Digámoslo, sino el tráfico vil que se ejecuta en la corte del Senegal donde los europeos van á comprar los derechos inviolables de la humanidad y la razon, y cuyos objetos de compra prefieren cual otros Catones la independencia á la vida, la muerte á la esclavitud. Todas las leyes que hemos mencionado son injustas, porque en ellas no se ha tenido presente la ley natural.

La ley social como basada en los altos principios de la ley natural debe tener igual grado de permanencia é invariabilidad, para evitar de esta manera que el mas fuerte y atrevido no contenga dentro del círculo que le impone la moral, trastorne el orden natural existente, y sea compelido á respetar los vínculos que la naturaleza puso entre él y los demas; pues de lo contrario la sociedad vendria á caer en las consecuencias del principio de Obes «homo homini lupus.»

El mas osado y valiente seria el soberano.

Desde el momento que las leyes sociales se conformen á los principios eternos de la moral ó de la ley natural, diremos que estas tienen una bondad absoluta.

Mas como existen hasta cierto punto cosas que solo son creaciones de la sociedad que no participan del carácter de necesarias; sino que son meramente ventajosas pudiendo por lo mismo desaparecer sus ventajas ó utilidad; claro está que las reglas á estas cosas determinadas deben ser variables, como lo es la razon de conveniencia que las introduce, teniendo buen cuidado de evitar contradiccion entre las reglas invariables de lo justo, y las variables de lo útil que tienen tambien su legitimidad mientras no contrarien á las primeras.

De uno de estos dos caracteres de inmutabilidad y de volubilidad participan segun resultan de la observacion todas las leyes, lo mismo las que arreglan el régimen interior de un país y constituyen un derecho público, que las que deslindan los derechos y relaciones de los pueblos entre si, las que determinan las del estado y los particulares y al contrario, y las que hacen eficaces los derechos y deberes de unos ciudadanos con otros, y en fin á la inmutabilidad y arbitrariedad estan sujetas las leyes penales sancionadoras de las anteriores; por lo que se ve que el derecho público tanto interior como internacional, el administrativo, el civil y el penal que segun su respectiva naturaleza tiene relacion mas directa, ya con la sociedad, ya con el individuo, tienen principios variables, y permanentes ó inmutables, y todos caminan por distinto lugar al cumplimiento del fin capital de la sociedad, y á la realizacion, perfeccion y conservacion del bien para el hombre.

Esta distincion de leyes arbitrarias é inmutables, difieren tambien en cuanto al modo de obligar; siendo estas de universal observancia, mientras que aquellas solo en los Estados, en que estan en uso, sirviendo unas veces de resorte para obrar, y otras de dique para contener.

Deben estas leyes conformarse en lo posible á los principios de justicia absoluta, y tales son las que constituyen la bondad relativa.

Asi pues, el fundamento de toda ley está en la voluntad del supremo Creador, y el legislador de cada estado no puede contrariar en nada el espíritu de aquella, antes al contrario debe procurar encaminar las leyes arbitrarias al cumplimiento de los capitales preceptos de la moral, teniendo presente que no le es dado en las medidas legislativas que solo justifica el principio de la conveniencia, contrariar aquellos; sino que es un deber imprescindible facilitar su realizacion simultánea. Teniendo en fin cada particular una doble mision que cumplir, es consiguiente que no podrá llenar los deberes que la sociabilidad le impone, si en su posicion respectiva no coopera en lo que esté de su parte á que los preceptos legislativos gocen de universal observancia; y de este modo contribuyendo las leyes secundarias al cumplimiento de las leyes naturales, la sociedad y el hombre cumplan su fin respectivo.

Ultimamente; para saber cuando una ley dada por el legislador puede tenerse por tal, necesita reunir las condiciones que exige Bacon en el aforismo octavo. «La ley, dice, debe ser cierta en lo que mande, justa en sus preceptos, cómoda en su ejecucion y conforme en lo posible á la política del país.» Y solo en este caso podemos decir con Modestino, «legis virtus hæ est imperare permittere, vetare et punire.»

S. P. C.

VARIETADES.

AYES DEL CORAZON.

Hojas del árbol caidas
jugnete del viento son;
las ilusiones perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.
ESPROVÉDA.

¡Siempre en pos de ilusion desvanecida! ¡siempre tras ensueños seductores, desengaños, lágrimas y dolor..!

¿Quién dijo que la vida es el tormento mayor del

hombre? ¿quién, qué sin ella no sentiría el peso que pone en su frente la férrea mano del pasado, ni sufriría la inconstancia del presente, y nada le inquietaría la mentirosa risa del porvenir.?

Y el hombre vive; y el hombre existe con pasado presente y porvenir? existe como un átomo que sostiene en el espacio el dedo de la Providencia, sin que los encontrados vientos puedan arrastrarlo al suelo mientras aquel no le abandona.

Si un ángel mece la cuna del niño; un santo guía los pasos del joven.

Si Dios á sus ángeles y santos manda velar por los días del niño y del joven, él cuidará también de sostener la abrumada frente del anciano...

Y el hombre, niño, joven y anciano, llora....

¡Siempre llorar! llorando siempre!!

¿Dónde el paño que enjúgue tantas lágrimas? dónde un consuelo que las dulcifique?

Solo en el paño de la esperanza se recogen, como los suspiros del alma entre los amantes brazos de la santa resignacion, que endulza las horas del pasado, presente y porvenir.

Dónde irían sin ese divino consuelo! ¿dónde irían sino á perderse en la sombría morada do habita la desesperacion! Vivid esperando y sereis felices con la esperanza, vivid en la vida y vivireis viviendo en el mundo de la inteligencia donde no hay pasado, presente y porvenir.

Así acaricias dulcísima esperanza á todos los que en ti confian y te reconocen como enviada del cielo para cumplir la santa mision de enjugar las lágrimas de los que en ti confiando, esperan.

A los treinta años contempla el hombre silencioso y triste como se deslizan los años de la vida por el ancho cauce del desengaño.

Entonces, sentado á su orilla vé correr sus aguas, ya turbias, ya claras, y entre sus linfas vé tambien irse sus días ya tristes ya alegres.

Y el recuerdo de otras épocas se conserva en su imaginacion como á media noche solitaria lámpara, mantiene la moribunda luz.

Y el soplo del desaliento parece apoderarse de su alma para matar sus ilusiones, arrancar todos sus recuerdos y extinguir para siempre el sagrado fuego, que alimenta sus esperanzas.

A los treinta años ¿cuánto sufre el hombre luchando con su misma impotencia! cuánto le cuesta tener que dar el último adiós á las mas gratas impresiones y despedirse de la primavera de la vida, de los placeres de la existencia!!!

Solo los tontos tienen la felicidad de vivir en una eterna primavera: privilegio que poseen sin ser envidiados.

Mas el hombre que vive en la vida de la inteligencia, siente como una tras otra se desprenden las flores que engalanaban su corazón; vé acercarse á su alma el melancólico otoño del desencanto, y tiembla, tiembla al experimentar ya el frío glacial del invierno de la indiferencia.

Y, ¿quién no sabe que la indiferencia aja á el alma, como el insecto al roer el tallo de la entreabierta flor?

La indiferencia...! signo fatal de la muerte aparente del espíritu, sintoma positivo de la destruccion real de la materia.

A los treinta años se sienta el hombre á la margen del sendero de la vida, advierte las huellas que

dejaron sus pasos y por ellos cuenta las pasadas horas de su niñez y juventud ¡dulces horas, como todas las que fueron, aunque lúgubre su eco se hubiera repetido!

Con amarga sonrisa descansa ya á la mitad del camino que con prolijo afán habia andado, sin pensar en el término de su carrera.

Mas luego... sus ojos se vuelven al cielo suplicantes....

El corazón vierte lágrimas de arrepentimiento....
¡Y el alma! el alma, cual profanada virgen se duerme en la noche del olvido, cubierta con el velo de la vergüenza.

El alma, que habia contemplado la primavera de la vida, vestida con las galas de la inocencia y aspirara el aroma de las flores al cruzar alegre los amenos prados, todo lo habia perdido!

¿Qué le quedaba...?

A los treinta años ya no hay inocentes placeres en el alma, no, sino quebranto para recordar lo pasado, llorar el presente y huir solitaria al porvenir, guiada de la esperanza, confiando en Dios.

Tanto bien pide el hombre á los treinta años, llorando con la ternura del niño cuando solicita de una madre alibie los dolores que experimenta y no puede explicar.

Y llora, con la resignacion del joven, que siente enacerada el alma por el envenenado puñal del remordimiento,

Y llora, Señor, llora en tanto que condolido de sus lágrimas, no le devuelve la inocencia y con ella los bellos recuerdos de cuando era niño.

¡Dulces ensueños, que cambian su existencia, que despejan las sombras de la mente como la luz disipa las brumas de la mañana; que purifican el corazón, cual las brisas de la tarde purifican los profundos valles!

Oh! los recuerdos.... son el último instante de la vida y el primer momento de la muerte, son los pálidos destellos de la luz misteriosa que se apaga en el sepulcro, son la vida.

Sin recuerdos ¡desgraciado mortal mil y mil veces! sin ellos, ni un solo instante dejará de beber de la copa del pesar, con el ansia que el hidrópico bebe en cenagosa fuente.

El sediento solo piensa en extinguir su sed.

El hombre no piensa mas que en vivir.

Con la vida viene la muerte; y sin embargo, solo con la vida vamos cruzando el mundo, sin advertir que la muerte nos sigue como nuestra propia sombra.

Y el hombre en su necio desvarío no comprende que cuanto mas ande en la vida, mas presto se causa y le alcanza la muerte.

Y por qué ese afán de vivir? ¿por qué caminamos presurosos por la estrecha senda de la vida? acaso dista tanto el término de nuestro viaje...? ¡ay no!

La vida está separada de la muerte por una distancia igual á la que existe de lo conocido á lo ignorado.....

¿Que espues la vida, sino el trasunto de los recuerdos de niño, cuando joven; de los recuerdos de joven cuando anciano; y de los recuerdos de anciano, cuando niño y cuando joven?

¿Y los recuerdos del anciano....? ¡Oh! el anciano los deposita en el sepulcro, donde tambien mueren con la vida.

Entonces.... ¿dónde depositarlos debe el joven an-

tes de olvidarlos quizá para siempre? solo en el alma que les reciba con aquella ternura que recibe una madre el inocente beso del niño, que tiene en su regazo.

Ayes del corazón, del alma son los recuerdos que guardan la memoria de su primitiva felicidad ¡felicidad que perdemos tan pronto y lloramos, cuando las lágrimas quemán la mejilla, lloramos tarde!!

A. LLANO.

LEYENDA. (1)

I.

En el viejo San Martín
Que tantas historias cuenta
Y al subir la escalerilla
Que va á la principal puerta,
Parado habia un estudiante
Que á Salamanca la bella
Adornaba su figura,
Por lo notable y esbelta;
Alta y su garganta azota
Rubia y larga cabellera;
Sofana luenga y raída
Y tricornio á la chamberga.
Aire noble por demas
Mirar que á las claras muestra,
De los primeros abriles,
El vigor y la nobleza.
A veinte pasos de allí
Y recostado en la Acera
Hay otro, que de estudiante
Viste la honrosa bayeta;
Pero que su cara dice
Con los chirlos que hay en ella
Que en Flandes dió á la Española
Y recibió á la Flamenca.
Pues, decir, puede el tal mozo
Sin que, tal diciendo, mienta
Que ha sido su cuerpo el blanco
Y su pellejo la prueba,
De mosquetes y tizonas
De Toledana ralea,
Y aunque de cuervo se viste
Respira algo mas que ciencia
Su retorcido mostacho
Y su mirada tremenda.
Seña le hizo el joven rubio
Y acercose con presteza
Como criado que sirve
O pretendiente que espera.
—Dime Juan, estas seguro
Que donde citó la dueña
Era este sitio?—Seguro
Como si agora lo oyerá.
—Pues vete á casa y ligero
El bridon tordó enjaeza,
Que quiero por el Zurguen
Dar á caballo una vuelta,
Con sumision retirose,
El de la cara chirleña
Que segun nuestras noticias
Llamabase Juan á secas,
Y D. Alvar internose
En la vegetoria iglesia
Y cerca de una columna,
Quedó hecho un Santo de piedra,
Pero Santo que miraba,
Con no muy poca impaciencia,
Los cansados movimientos
De la carcomida puerta.

(1) El lector, si la viere concluida, puede poner el título que mejor le plazca; pues el autor no sabe donde el argumento le llevará.

II.

En calle larga y por demas torcida,
Elevase un palacio gigantesco
Que por el tiempo tiene carcomida
Su vetusta fachada,
Del arabesco estilo recargada.
Puerta en ojiva y sustentado el arco
Por dos fuertes columnas de granito
Que el mundo, cada una sustentara
Si el mundo en su cornisa se posara.
No te choque, lector, la arquitectura
Y sigue silencioso,
Que á fuer de novelista minucioso
Me gusta describir con pausa y tiento
Y si falta meollo y falta ciencia,
Te diré descargando mi conciencia,
Que tal cual lo contaron te lo cuento,
Siendo ya por demas, cosa probada
Que en punto á la hermosura
Que puede dar la bella arquitectura
Hay muchos pareceres,
Y á tal le agrada, del maestro Herrera
La solidez y eterno clasicismo,
Y á tal otro le gusta el embolismo,
Que en sus obras despliega Churriguera.
Que si al mundo volviera
A contemplar su estilo
En la Pinciana Escuela,
Con los ricos y bellos adherentes
De la torre y balcones
Y otras innovaciones,
No menos peregrinas y gallardas
Le hicieran santiguarse
Y al sepulcro de nuevo retirarse.
Pues vocean las tales pegaduras,
En razones cabales,
Que las artes llamadas liberales
No contentas hoy siendo progresistas
Han de llegar á ser, corriendo el tiempo,
Ventajosas discipulas de Prudhon
Con ribetes y puntos de anarquistas.
La leyenda lector ya se olvidaba
¡Malditas digresiones
Que me apartan tan lejos de mi asunto,
Debiendo caminar punto por punto
En mis buenas ó malas descripciones!
Pero me gusta echar de cuando en cuando,
De mi cosecha alguna parrafada,
Y déjame, lector, así ir pasando
Que tiempo y Dios mediante llegaremos
Al punto donde quieras que lleguemos.
Y pues la descripción se halla empezada
Debo seguirla aunque te fuere odiosa
En malos versos ó mediana prosa.

Altas torres coronan el tejado
Por la fuerza del tiempo destruidas
Y do el mochuelo y la lechuza astuta
Tienen negras guardias.
Lo restante exterior de este palacio
Tan poco es lo que ofrece,
Que al decir de un exacto coronista
Pararse en describirlo no merece.
Subamos la anchurosa escalinata
Que conduce á cuadrada galeria
Y como es muy molesto ir describiendo
Pavimentos, adornos, graderia,
Y yo tambien comprendo
Que mi caro lector mejor quisiera
Que la gente y costumbres describiera,
(Y porque yo ademas encuentro justo
A quien paga los versos darle gusto.)
Diremos que se encuentra una mujer
Del palacio en un ancho gabinete,
Con honores de sala y alajado
Segun moda y cuidado
Del siglo diez y siete.
En veinte abriles frisa la doncella
De rostro bello y su mirar de fuego
Vaga azaroso y sin querer destella
Impaciencia cruel y desosiego
Una y mil veces á la calle mira
Y una y mil veces al mirar suspira.

Espera de un amante la ternura,
Y sueña ya en sus locos devaneos
Escenas de pasión y de ventura
Mas no quita la fuerza de su sueño
A la calle mirar con loco empeño.

Z.

(Se continuará.)

EL BEDEL.

A salga lo que salga, va la pluma,
Y a venga lo que venga, yo con ella,
Pues hasta que la tinta se consume,
La tengo de seguir huella tras huella.
Y aunque el papel un poco se rezuma,
Le doy grasilla, por no armar querella.
Solo falta un lector muy complaciente
Que calle, escuche y sepa lo siguiente:
Flores.

Pues señor, como ha de ser; no hay mas remedio que borraré un artículo de costumbres, á trueque de verme luego convertido en *pajarita* en manos de tu chiquillo, caro lector, ó destinado á algún uso *culinario*, v. gr. á sahumar unos palominos, ó vendido al peso para envolver pimientos y azucarillos que al fin y al cabo como dijo el otro

Es morir con su sal y su pimienta.
Y quíeralo Dios para desgracia del diablo, que mi oscuro nombre no llegue á traslucirse por el ente, que encabeza mi artículo, que á ser así, mas me habia de pesar que á Sancho Panza la aventura de los batanes; y mas ogeriza me habian de coger, que la que aquel tenia á la manta del ventero.

Pero en fin á *salga lo que salga* allá va mi artículo Sr. Cajista, y vuélvame pronto las pruebas. ¡Y qué prueba mayor que la de esponer mi desvenecijado guitarro á los tañidos de algun que otro, que sin respetar el *tate tate folloncico*, me aseste furiosas arremetidas y zoiladas de á folio!

El peligro pues, la necesidad y la tentacion me obligan mal de mi grado á santiguarme, y comenzar mi artículo con el *sigrum crucis*. Y quiera Dios que al concluirle, no se levante algun Poncio Pilatos, que lavándose la cara y no las manos, me endose una cruz mas pesada con el modesto nombre de un *juicio crítico*. Pero á *venga lo que venga*, abrid paso á mi tipo que asi me dá de lo que otro diga, como el de las nubes de antaño.

Aquel (el tipo) nació en suelo clásico: pisó de chico las losas universitarias, cuando llevaba á su padre (bedel tambien) el almuerzo y se le pegó algun tanto de gramática parda, que en los tiempos que corren, ha sustituido á la latina. No aprendió oficio, ni tuvo beneficio: á lo sumo participó de estos siendo monaguillo de un convento cuando estos existian ó seise de la catedral, cuando los cálices eran de barro y los canónigos de plata.

Gracias á la proteccion del confesor de la autora de sus dias, nuestro hombre, muchacho entonces motilon y con cara de luna llena, fue admitido en la escuela de P. P. Dominicos, y entre zurriagos y pescozones deletreó el *Christus* decoró el *Ripalda*, y ejecutó las *cuatro reglas* con su adición de *falsilla*. Tambien aprendió á firmar; y un tanto adelantado masticó el *musa a*, hizo oraciones *activa*, *pasiva* y de *dignus*, tradujo el *S. Pio* y cuando comenzaba á formar silogismos en *barbara*,

cumplió catorce años; y el padre entonces comenzó á forjarse para sus adentros el proyecto de hacer á su *chico* lejítimo sucesor de su titulo y derechos, por uno de esos cálculos, que en el siglo pasado no contaban con los cesantes, y que hoy se estrellan contra las clases pasivas.

Bastábale para ello dar á conocer al muchacho á los catedráticos, los cuales en gracia de servirles de page, de ir al convento del P. Paco á por la caja de rapé, ó traer el *Vinnius* libro en pergamino, que se dejó olvidado D. Triboniano, ibanle tomando cariño; y él por su parte aleccionado por el bedel Canuto su padre, ponía á todo una cara de pascuas poco conforme con sus posaderas espuestas de vez en cuando á los puntapiés de bajo cothurno con argentada hebilla, y á los pescozones de Teólogos y Medicinantes, que en punto á tratamiento de bedeles siempre se dieron la mano.

Entre aquellos y estos aprendió mi hombre á estereotipar su cara; y allá entrado en *veintiocho* despues de haber servido de testigo en algun titulo de *Bachalarius* con la fórmula de *testes Philippo*, (1) murió sin sucesion Lucio el bedel mayor, ó bien su padre pasó á mejores dias; y nuestros Felipe Cantarilla ocupó el honorífico puesto de bedel vistió las hopalandas y cubrió su cuello con goli-lla de Vivero.

Ya en este estado dejó correr tranquilamente sus dias sin cuidarse del porvenir, y entró de lleno en el ejercicio de sus atribuciones. Lo primero que hacia mi hombre despues de levantado y hecha la señal de la cruz, era oír la misa de alba en el convento de P. P. franciscanos, y de vuelta á su casa tomaba un ligero almuerzo dirigiéndose en seguida á la Universidad, no sin esponerse á recibir un segundo bautismo de un herege del tercer piso, estudiante de Teología, á quien el dia anterior tuvo metido en el calabozo.

Llegado á la Universidad encendia lumbre á los profesores, y limpiaba las cátedras, si era en invierno; ó suprimia lo primero si el tiempo era de primavera. Y terminadas asi sus faenas, á tiempo que entraba el primer escolar por la puerta se cruzaba de brazos, y en esta apostura paseaba en uno de los lados del claustro.

Llegaban luego los filósofos, gente de suyo menuda y pesada, á estilo de *calderilla*, contra los cuales se estrellaba la ojeriza del bedel; bien es verdad que las mas de las veces no sin motivo, porque ó solian untar con jabon la acera por donde habitualmente paseaba, á trueque de verle tendido á lo largo del suelo, ó le perseguian con fósforos y garbanzos de tiro, desde la maldita invencion de estos medios de destruccion, cosas que podrán dar luz pero que tambien se la quitan á muchas. Dígalo sino la rica levita color verde botella de nuestro hombre, que pereció víctima de una tira de fósforos que le metió en el bolsillo un filósofo.

Lograba por fin meterles en cátedra á escepcion de algun que otro prógimo que *hacia novillos* (¿de dónde vendrá esta frase!) contra los cuales solia de vez en cuando emplear el *derecho* de la fuerza ó dar un *soplo*, vicio muy frecuente en nuestro Felipe Cantarilla, y que solian pagar bien

(1) Esta concordancia es histórica y no me dejarán meter los archivos de la Universidad de Valladolid.

caro los bedeles á juzgar por la tan sabida aventura del bedel salmantino, que fue cosido por los estudiantes dentro del inanimado cuerpo de un boricó dejándole solo la cabeza fuera.

No cuenta la tradicion, si los autores y cómplices de este atentado fueron ó no filósofos; pero á tenor de la importancia del caso, y de las atribuciones, que aquellos tenían, es de suponer que en la anterior aventura intervinieran solo los escolares de las facultades. Estos llegaban á clase despues que los filósofos. y pocas veces el bedel tenia que hacer con ellos, aunque á veces tiraba el diablo de la manta; y la broma entonces solia ser demasiado pesada.

Con esto y con dar la hora terminaba el bedel sus funciones matutinas. ¡Y quién no admirará la parsimonia é importancia, de que el *minutero vivo* de la Universidad se reviste, al anunciar la conclusion de la cátedra! Bedel hay que ántes de decidirse á hacerlo, escupe tres veces, arregla minuciosamente su roja peluca, y pronuncia él *es la hora* con mas gravedad que un Presidente del Senado levanta la sesión. Si por desgracia se queda á la puerta para conservar el orden á la salida de los *chicos*, que aquí es donde hacen verdaderos novillos, vése espuesto á ser atropellado, pisoteado, á perder su peluca, á ver rodar su desvencijado sombrero, y á encontrar mas sietes en su capote que encerado de matemáticas.

Si previendo estos inconvenientes, se retira á un lado, le busca la canalla, y repite en coro á su lado *la hora, la hora*; con lo cual mi hombre dá al traste con toda su paciencia, y se dispone á levantar la mano contra uno de los mas atrevidos.

La escena entonces se cambia, aumentase el círculo de curiosos y actores con unos cuantos legistas y medicinantes, y uno de entre ellos maton de á cuatro, puesto en jarras, con un pié mas saliente que otro, y atusándose el bigote pregunta al bedel la causa de aquel escándalo: Este pierde el tino, y se encuentra sin saber que responder á tan descocada pregunta. Entonces se aumenta el ruido y la algazara, y Dios sabe como hubiera salido nuestro hombre de aquel prieto, si otro bedel mas *popular* y algun catedrático no disolvieran amigablemente la reunion.

Venia la tarde, y despues de dar nuestro Cantarilla un paseito extramuros solia acompañar al rector en las pesquisas y visitas domiciliarias nocturnas, que entonces se hacian, y en la que seria largo de contar las muchas aventuras que le sucedieron.

Pero donde mi hombre olvidaba todos los reversos y lados feos de su oficio, era en los grados y recibimientos: allí nuestro Cantarilla hacia su Agosto, allí tenia para todos frases finas y palabras lisonjeras, y el graduando podia mandarle ir y venir, llegar y traer, marchar y llevar seguro que sus órdenes serian pronta y fielmente ejecutadas. En cambio de este trabajo soltaba el graduando sendas propinas si salia *nemine discrepante*; y si recibia calabazas nunca le faltaban al bedel las históricas frases de «lo ha hecho V. bien; pero no ha dado gusto á los Señores.»

Tal era, carisimos lectores, el *bedel antiguo*: el *moderno* no se le parece en mucho; pero no por eso ha dejado todas sus mañas. Aquel nacia hijo de bedel, este sirvió primero en el *ejército del Norte*, fué cabo segundo, tiene su licencia en regla y dos cruces de Isabel II. El uno solo se ocupaba de sus obligaciones, y hablaba de los sermones, y asistia á las cuarenta horas; el otro suele ser *sastre ó músico* de la murga, es dado á la *política* y hasta solia presentarse vestido de miliciano (cuando estos andaban por el mundo) en el *templo de la sabiduria*. (1) Bien es verdad, que de no haberlo hecho, hubiera acaso perdido su destino.

Entró en la Universidad de mozo para limpiar los gabinetes de Física y Química, y despues por riguroso escalafon plantó en su manga los galones dorados. Su *dessideratum* es llegar al puesto de *conserge*; si le obtiene, se tumba á bartola sin cuidarse del futuro; aunque algunos pican mas alto, y deslumbrados por el oropel obtienen algun empleillo en los gobiernos de provincia. Que de estas y otras cosas se ven en los tiempos que corren.

Tiene su oficio la ventaja, que aun no se han apoderado de él las cesantías; un bedel cesante es un contrasentido. El dia en que lo contrario suceda, el bedel desaparece, se escapa como se fueron las *manolas* y los *frailes*, el *chispero* y el *cofrade*, los *covachuelistas* y el *santero*, y ni con un candil se encontrará el tipo que ha procurado bosquejar en este insulso artículo.

SONAJAS.

AMOR Y PENA.

Bella niña enamorada,
Nadie ignora que en tu pecho
Por el cariño deshecho
Se agita tu corazón,
Y que reprimir no puedes
Ese suspirar amante
Por aquel ser inconstante
Que ha encendido tu pasión.

Sin un momento de calma,
Padeces horas tras horas,
Y tan solo cuando lloras
Se mitiga tu sufrir.
¿A qué tan larga tristeza?
Te preguntas condolida;
Y la alegría perdida
Quieres volver á adquirir.

Más ¡ay! que si te sonries,
Queriendo ocultar tu pena,
Está tu sonrisa llena
De amargura y de pesar.
Ries, porque no se estrañen
De tu eterna pesadumbre,
Porque ninguno vislumbre
Tu incesante malestar.

Al hallarte, niña hermosa,
Del que idolatras ausente,
Todo te es indiferente
Como ageno de tu amor.
Gozan otras en el baile
O en el mas sencillo jnego,

(1) Esta frase no es mia.

Y á ti te lo impide el fuego
Que sientes en tu interior.

Si en la soledad te ocultas,
Tu triste y fatal estrella
Tambien te persigue en ella,
Estás inquieta tambien.
No puedes vivir tranquila
Teniendo turbada el alma,
Y en vano buscas la calma
Lejos de tu dulce bien.

Muy mal piensas cuando dices
Que á tu corazon sediento
En silencioso convento
Podria darle quietud;
Cuando mil veces exclamas
Que fuera alegre tu vida,
Si en la oracion sumergida
Practicaras la virtud.

¿De qué te valiera el rezo
Que brotase de tu boca,
Si estando tu mente loca
E inquieto tu corazon,
De pensar en tu adorado
Ni un instante cesarias,
En vez de pasar los dias
En fervorosa oracion?

Deja esas ideas vanas,
En tus cálculos detente;
Que si lloras del ausente
La culpable ingratitud,
Yo tambien suspiro triste
Por tu amor, que no consigo,
Y ni una esperanza abrigo
Para calmar mi inquietud.

Tus encantos seductores
Pueden hacer que tu amado
Quiera volver á tu lado;
¿Pero qué me resta á mi?
Exhalar ayes y quejas
Sin esperanza ninguna,
Y pasar una tras una
Las horas pensando en ti.

Con un eterno deseo
Eterna será mi pena:
Mi cariño me condena
A sufrir dó quier que esté;
Y ni en retirado asilo,
Ni entre el bullicio del mundo
Aqueste dolor profundo
Jamás desterrar podré.

M. P. NAVARRO.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Sonajas y yo.—D. Tibureio.—La Beneficencia.—
Las flores.—Se fueron.—Vienen.—Preparati-
vos.—Proyecto.—Se disolvio.—Fuegos.—El
teatro.—Premios.—Romería,

Las muchas y urgentes ocupaciones de Sonajas hacen imposible que póngala revista, en su lugar lo haré yo, siguiendo el ejemplo de los niños á los cuales cuando se les quita el sonajero se les da la campanilla para que haga su oficio y les sirva de diversion, así figurándonos que los niños son el público, el sonajero y la campanilla, Sonajas y yo, tiene aquí completa aplicacion este caso, y hablando de caso saben Vds. que el otro día me pasó uno raro: sin saber yo que poner en la revista confiado en que lo haría Sonajas, encontré á dos prógimos cuya conversacion me prestó alguna luz; hela aquí, á la letra

D. Tibureio que me cuenta V. desde hace quince dias que no nos vemos.

—Nada querido, supongo que estará V. enterado de todos los acontecimientos de la poblacion.

—No se nada.

—Nada, me estraña, preciso es entonces que le saque á V. de ese oscurantismo de noticias en que se halla y le revele los acontecimientos mas notables del mundo exterior, concretándome á la capital de Castilla la Vieja.

—Seguro de que lo estimaré mucho.

—Gracias; empecemos, no se si V. sabe que la Junta de la casa de Beneficencia pasó á los Sras. el resultado de la cuestacion del Jueves Santo ascendiendo á diez mil y pico reales el producto liquido.

—Cáspita, eso prueba mucha caridad, es una suma respetable.

Ademas han empezado las flores de Mayo en las Iglesias de San Miguel y Las Huélgas asistiendo bastante gente, especialmente algunas niñas que ya ya hacen tilin.

Hombre, á pesar de sus años no ha perdido V. la afición, pues ya *tarde piachi*.

Como ha de ser, me contento con recordar tiempos mejores.

—Si, allá cuando los franceses.

—Pues.

—Adelante.

—Como en Mayo hace mejor tiempo, los paseos han vuelto á animarse, los cuerpos envueltos en abrigos y manteletas salen á lucir su esbellez.

—Sabe V. que cuando hablan de cuerpos me acuerdo de lo hermoso (salvo la modestia) que le tenia yo cuando era teniente, en mi juventud.

—A propósito de eso; el otro día se marchó el brillante batallon cazadores de Antequera que tantos recuerdos deja en esta capital, á pesar de su corta permanencia á la inversa de España que marchó tambien, el cual llevaba tantos años que ya le contábamos como vecino. ¿Y quien ha venido en su lugar?

Montesa, que se acordará V. que estuvo aquí y que se marchó á Búrgos.

—Sabe V. algo del teatro.

—Se ha dicho que se pensaba sacar el proyecto en el ayuntamiento á subasta, hasta ahora nada se ha hecho ni sé que se haya presentado ninguna proposicion por otra parte nuestra municipalidad está muy entretenida, ocupándose del recibimiento de las tropas que vienen de Africa.

—¿Qué tropas?

—El batallon de Navarra que ya debia haber venido á no ser porque ha hecho la entrada oficial en Madrid.

—¿Y qué funciones se proyectan?

—Creo que un areo triunfal, un baile de convite, dar un rancho á los soldados, vaca, relox snelto, cohetes é iluminacion, coronas y flores.

—Vamos, estará animado.

—Así lo espero, si el tiempo está bueno.

—¿Y qué mas me cuenta V.?

—Me han dicho tambien que ademas del dictámen del Sr. Olivares sobre el cementerio que leeria V. en la *Union* se piensan presentar otros sosteniendo la conveniencia de construir uno nuevo con preferencia á mejorar el que hoy existe, de todosmodos el ayuntamiento no debe proceder de ligero en una cuestion en que necesita el auxilio de las personas autorizadas

por sus conocimientos en la ciencia de Hipócrates.

Aquí se despidieron y acabó su relación, seguiré yo supliendo sus vacíos.

El provincial que lleva el nombre de esta capital llegó el nueve quedando disuelto dos días después. El Sábado hubo fuegos, iluminación y música (según costumbre) en la calle de Platerías no dejaron de asistir *pollas* y como la noche estaba hermosa hacían agradable la fiesta: pero mis obligaciones me llevaron á la casa-teatro á oír la ópera seria Gemma de vergy (dejando á Sonajas el que haga estensamente su revista de esta ópera y de la de Puritanos y Caballeros) diré brevemente que la Señorita Micheli estuvo como nunca, su acción es natural y desenvuelta, cantó con mucho sentimiento, la auguramos un brillante porvenir, esto añadido á su simpática figura y á los pocos ensayos, hacen de ella el elogio mas completo y cuidado que yo no adulo, hago justicia al mérito nada mas.

El Sr. Padovani bastante bien, tuvo momentos felices. El Sr. Ronzi que salió vestido de negro con la cara tiznada: señor cagista á otra cosa es lo mejor que podemos hacer.

El Domingo se verificó en la capilla de la Universidad la adjudicación de los premios de la Esposición, asistieron todas las autoridades, habló muy bien el Sr. Arzobispo y los discursos del Sr. Aldecoa y Herrero son de elegantes formas y pensamientos bellos. Ojala la Esposición produjera los buenos resultados que el celoso Gobernador y Diputación provincial se propusieron: así lo esperamos, tiempo es ya de que Castilla sea lo que debe ser.

Las medallas de los premios son lindísimas y están muy bien acabadas.

Romería, la de San Pedro Regalado ha estado animadísima, bailes, tiendas, casetas, meriendas, una multitud de masas apiñadas, conversaciones, risas y chistes, todo esto producía un conjunto admirable si bien el agua hizo últimamente á hacer desaparecer como por ensalmo aquella algarabía, esperamos que se repetirá en los días sucesivos mucho mas si las nubes guardan sus aguas para mas adelante.

Concluiré dando las gracias á la Union por las diferencias que con nosotros guarda y repitiendo á nuestro colega que sabe puede mandar á este su servidor y vuestro,

CAMPANILLAS.

MISCELÁNEA.

¡Vaya un pobre pensamiento!—No encuentro ya que decir;—Pero fuerza es escribir—Lector, allá te va un cuento—En anfiteatro médico—Al estudiante D. Pánfilo,—Creyéndole gran quirúrgico,—preguntó su catedrático—¿A donde está el hueso occipito?—A dos líneas del calcáneo—; Bien! ¡muy bien! porque el discípulo—No diga que soy tiránico.—¿Cuántos son los huesos propios—Del aparato nasálico?—Dos, con viveza el galénico—Respondió á su catedrático,—El cual, dirigiendo el índice—A un cajón, dijo á Don Pánfilo—Allí un esqueleto homínico—Teneis, y si no estais baquico,—Podeis traerme los óseos—Del aparato nasálico.—Y cual vivo velocipedo—Elegió de entre los bártulos—Dos tibias, que por lo atléticas;—Eran

de un hombre gigantesco—Y con ademán político—Y rostro demas simpático—Las llevó, dejando estúpidos A oyentes y catedráticos.

Montado en su rúcio caminaba á un pueblo un aldeano á la sazón, que tocaban á misa en él, y creyendo llegar tarde animaba á su cabalgadura diciéndola: «arre burro, paño, que si pierdo la misa á tu costa va.»

Veintidos malos poetas escribieron epitafios sobre la tumba de Walter Scott. ¡Que beneficio no hubiera reportado el mundo si Scott les hubiera escrito para todos ellos!

DESENGAÑO FATAL. Cierta jóven sin mas defectos que el ser poeta y pobre, no ha mucho tiempo que fué acometido de esa calentura intermitente que los Doctores llaman *amor*: el infeliz no encontraba remedio que calmara la intranquilidad que aquella producía en su exaltada imaginación, y solo en sus versos hablaba el misterioso beleño que le adormecía, soñando en el objeto de su adoración, pero, cuando mas tranquilos eran sus ensueños el ay de la desgracia vino á despertarle: nuestro jóven pobre ó poeta había cantado en honor del niño ciego, dulces cantigas de amor; amaba.... Un día, bien lo recuerda, el desdichado amante recibió de su adorada Filis la siguiente contestación á sus tiernas quejas.—Los sonetos elegias—moneda sin caubio son,—bien, que el reino de Venus—rige la misma sanción;—que aquel que dan las pesetas—sin mas recomendación.—Pesetas son hermosura,—pesetas finura son.—pesetas dan la constancia—pesetas atan amor;—pesetas matan rivales,—pesetas cortan cadenas,—pesetas gozan favor;—por último á las pesetas—todo fastidio cedió.—El papá de Amclia.

EPIGRAMAS. Por amar con ardor á una pollina—un borrico se dió contra una esquina.—*Es el amor un chico tan travieso—que al sano de razon le quita el sexo.*

Un asno amigo mio por no sober *que hacer* se tiró al río.—*En honestos quchaceres—ocúpate el mas tiempo, que pudieres.*

Pocos momentos antes de morir Mirabeau dijo á su criado «*sosten esta cabeza, que es la mas grande de la Francio.*»

Quien pudiera decir otro tanto.

Los egipcios no comían la carne del cerdo por ser considerado entre ellos como un animal inmundo, y á los guardianes de puercos se les prohibía la entrada en los templos y contraer matrimonio fuera de los de su clase. Parece que esta prohibición, igual á la que tienen los mahometanos, se fundaba en un principio de higiene, porque estaban persuadidos que el tocino fomentaba ciertas enfermedades herpéticas, de que se veían atacados aquellos pueblos y en general todos los habitantes de los países orientales.

EL EDITOR RESPONSABLE, D. ANDRES RODRIGUEZ.